

LA OTRA NAVIDAD

Moría la noche. Palidecían las estrellas. De repente..., un clamoreo corrió de boca en boca: «¡El heraldo, el heraldo!».

De todas partes parecía que estallaba el «¡sí!» de la respuesta. (De la pluma de Tagore)

Sí. Otra vez la Navidad. Otra vez viene el Heraldo. Vuelve a brotar de los pechos de los hombres de hoy el «¡sí!» impulsivo y potente, Pero... ¿y qué? Siempre lo mismo. Pasará y ¿todo seguirá igual?

* * * *

Había entrado la noche. El cielo, negro de frío, estaba salpicado de estrellas tintineantes. Soplabla el viento. La ciudad se alegra en el interior de sus hogares. Oía a numo de pino quemado traído en volandas por el viento frío.

Belenes de río de plata y lucecillas en las casas... «Nacimientos» de barro y arto... Músicas... Pandoretas con corazones de metal blanco... Felicitaciones... Zambombas de mástil mimoso y musiquero, sujeto por los pies a un plato de cuero blando y tibio... Cumplidos... Colorines... Palabras... Turrone... Ritos... Mazapanes... Mensajes... Dulces...

Había nevado por la tarde y, por las aceras, en los rincones donde no suele pisar la gente, quedaban todavía montoncitos de límpida nieve.

De pronto, como citados por un mismo reloj, fueron llegando varios coches que se detuvieron ante la puerta de una de las principales casas de la ciudad. Hombres y mujeres, lujosamente ataviados atravesaban la puerta que conduce al jardín. El portero, galante y educado les dió la bienvenida.

El jardín era delicioso aún de noche. Un sauce desnudo dejaba caer perezoso sus brazos al suelo. Y a sus pies, un estanque, emergiendo, en silencio, por entre el verde césped mullido y llorón que cubría parte del jardín. Dentro, en su seno negro y frío, posadas cual inquietas barquichuelas, bailando al son del viento, unas plantas acuáticas.

El cielo permanecía inmóvil, estático. Las estrellas se acercaban más a medida que pasaba el tiempo. El viento murmuraba una tenue melodía monótona y fría.

Cuando acabaron de llegar los coches de los invitados, se cerró la puerta. La entrada en el comedor fue recibida con música. Había en la casa, en una sala contigua al comedor, una orquestina de tres violines y un órgano eléctrico. Y empezó la fiesta. Vinos y licores, tres velas encendidas sobre la mesa, felicitaciones, brindis, dos búcaros con claveles rojos chillones, jaleo, etiqueta, frases rebuscadas, aburrimiento, mentira...

Así transcurría la fiesta y con ella el tiempo. Eran las doce. La orquestina no dejaba de tocar. Fuera en la calle, el silencio roto por las melodías que brotaban de la casa en fiesta.

De pronto, alguien que pasaba por allí se acercó a la puerta. Escuchó atentamente y decidió llamar. Era un hombre andrajoso y aterido de frío. Deseaba alguna cosa para comer. También para él era Navidad, decía. Mientras, escondía sus manos callosas y sucias

en su regazo. El portero dejó la puerta entreabierta y pasó al comedor. Al cabo de un buen rato volvió a salir con algo que depositó fríamente en las manos del mendigo y cerró de golpe. Era una moneda de las pequeñas que causó un escalofrío de indignación tal en el cuerpo de aquel hombre, que volvió a llamar sin pensarlo. Necesitaba algo con que saciar su hambre... Y después, sin saber cómo ni por qué, se vio en el suelo, boca abajo y lleno de barro. La moneda rodaba silenciosa hacia el borde de la calle. Las estrellas brillaban en el cielo con más inquietud que antes. La campana de la torre de la iglesia volvía a sonar, seca y lejana. El mendigo se incorporó. Sacudió el barro de su traje sucio. Recogió la moneda y se fue calle abajo, adentrándose en la oscuridad, mientras intentaba convencerse a sí mismo, de que la Navidad no era para él.

Dentro de la casa seguía la fiesta. Los vidrios de las ventanas estaban empañados. Nadie, fuera del anfitrión y del portero, había notado la presencia del mendigo. Es más, ni podían imaginarse siquiera, que a esas horas, en estas alturas y en fecha tan íntima como la Navidad, hubiera gente así. Y continuaron danzando al son de la música.

* * * *

Esto que parece un cuento, no lo es. Es toda una realidad reflejo de otras muchas. La Navidad tal y como se vive hoy, es un «malentendido». Mientras haya cosas inhumanas y crueles, no habrá Navidad. ¿Dónde está la paz, la justicia, la libertad y el amor fraterno que son las «señales» de que el Dios-venido, el Jesús-nacido es aceptado por los hombres? ¿No tendrá razón Antonio Machado al decir que éste (el de la Navidad) es el dogma esencialmente pagano de nuestro siglo? ¿Qué tal si en vez de desearnos unas «felices Navidades» como solemos hacer siempre, llenas de mentira y de ridículo, nos deseáramos y procuráramos unas «fieles Navidades»?

I. b. ortega

